



PREGÓN DE SEMANA SANTA 2011

Pronunciado el día 2 de abril, en la Casa de Cultura “Miguel Hernández” por D. JOSÉ VICENTE SERNA BERNÁ.

Ilustre Junta Mayor de Cofradías, cofrades, autoridades, amigos: he de comenzar mis agradecimientos, en primer lugar, a la Junta Mayor de Cofradías, y a su presidente, por haber escogido a mi humilde persona para realizar el Pregón de Semana Santa de este año 2011. Es para mí un inmenso honor poder dirigirme a ustedes; trabajadores incansables de nuestra Semana Santa; y poder transmitir unas pocas palabras, un pequeño mensaje, que espero, sea digno de estos días.

Sin duda, me siento profundamente impresionado de estar en este púlpito. Hace pocos años, que ya me parecen lejanos, era un niño, y como todos los niños curiosos, cuando se acercaba la semana santa, preguntaba reiteradamente a mi padre, “quién es el pregonero este año”. Tras su respuesta, yo volvía a preguntar con más curiosidad si cabe: “y ese señor papá qué hace”. Ingenua pregunta de un niño, que dibujaba en mi rostro una enorme interrogación, y tras las respuestas año tras año de mi padre, se transformaba inmediatamente en un boquiabierto semblante, quizás por admiración, quizás por el divagar de una joven imaginación o quizás por el desconocimiento de no saber exactamente que ilustre profesión o dedicación era la de aquel señor. Alto es el reconocimiento de mis predecesores y mayor la grandeza de nuestra semana santa, por ello espero no decepcionar a aquellos que han confiado en mí, sobre todo mis padres. Ellos me iniciaron en la Semana Santa, y a ellos rindo homenaje hoy.

Mi trabajo y dedicación son los niños, desde los recién nacidos más pequeños hasta los agitados años adolescentes. Además, que hace relativamente poco tiempo, yo era un niño. Así que si me permiten voy a relatar una pequeña historia de Semana Santa, tal vez imaginada o tal vez vivida por un niño, pero sin duda contada por alguien que volvería a serlo.

“En las noches frías de enero; tras el paso de reyes magos, noeles, y villancicos; una nueva emoción encoge un pequeño corazón. Asomado al ventanal de una ventana, una sensación extraña, pero a la vez cercana me embarga y envuelve, erizando mis cabellos y agudizando mis sentidos. Se acerca a mi ventana un lejano sonido mientras vuelvo al calor de mi cama, sonido de tambores que golpean el silencio y agudas cornetas que desafían el frío. Los días pasan, algunos tranquilos e invernales, otros agitados premonitorios de una nueva primavera que se acerca. En la calle y en casa se habla de misas dedicadas a cofradías que mi memoria joven aún no conoce, de reunión a las que acuden los mayores, los preparativos de un nuevo trono, una nueva imagen. Mi mente asimila todas esas palabras como luces de feria, con el nerviosismo de un examen, con la emoción de una celebración. Qué curioso, segundo viernes que de nuevo hay “arroz de vigilia” para comer. Como siempre pregunto, por qué otra vez



verdura. Mi abuela paciente contesta, " estamos en cuaresma", y me dice que no se puede comer carne, "menos mal, podrían ser lentejas", me consuelo.

Cuan rápido pasan los días y las semanas verdad, ya son las diez de la noche, hora de dormir. Abro la ventana, aun hace mucho frío, pero asomo no sin dificultad mi cabeza para ver la calle. Se oye una melodía distorsionada en un radiocasete, pero la imagen que ven mis ojos bajo mis pies no puede ser más majestuosa. Bajo un trono destronado, andan hombres, todos a una. Paran y giran al unísono, al orden de una campana, de un golpe seco en la madera. Que lujo ver la plaza desde mi ventana.

A la mañana siguiente mi madre, como el año pasado se lamenta y también alegra por lo que he crecido. A regañadientes me coloca esa larga túnica, que tarda segundos en deslizarse hasta el suelo, pero que lleva un año escondida, escondiendo sus colores y sus detalles. Mi madre tiene razón, ya no llega hasta los pies y se afana mientras yo me quejo en hilvanar los bajos de la "vesta". Pero la emoción llega cuando de pronto veo ante mí esa cónica imagen; este año soy un poco más mayor, el tan ansiado "capurucho" va a ocultar mi rostro. Mi pícara mente se regodea, el furtivo lanzador de caramelos se está preparando.

Por fin ha llegado ese ansiado domingo, la plaza es un gentío. Un bosque de palmas del que formó parte atraviesa nuestras calles. La alegría y las risas se apoderan de todos, hasta la burra que monta nuestro señor parece que sonríe también. Al caer la tarde mientras jugamos entre la gente, la banda de música inicia una marcha que envuelve el ambiente, las personas comienzan a caminar, otras, simplemente contemplan. En esos momentos, de mayor quiero ser de todo. Me imagino con traje de músico haciendo sonar un instrumento detrás de nuestros pasos, me imagino portando el estandarte, me imagino nazareno.

Y en breve seré nazareno, y este año un metro más alto. Desde mi ventana veo el inicio y el final de las procesiones. La solemnidad de las noches, parece que envuelven los días hasta en el colegio.

Esta noche es miércoles, ya mi hermano le duelen los pies de tanto andar tocando. A mi me llegará la hora, pero antes he de soñar con algo más. A los inocentes ojos le impresiona sobremanera el bajar de las imágenes desde esas altas escaleras, grandes puertas se abren para que Jesús y la Virgen bajen del cielo y por unos momentos se unan a nuestras vidas con una intensidad especial. La imagen de un costalero es grandiosa, y aún más cuando es tu padre, tu tío o tu hermano, pues tus ojos vidriosos empujan una ilusión enorme que tus pies frenan; la ilusión de unirse a una fuerza que no comprendes, pero que no puedes dejar de sentir. Decenas de brazos levantan al cielo a nuestro señor, rozando las estrellas, y en lo alto continúan andando, por un camino que en mi interior ya no es humano. Un día yo seré uno de ellos, me repito, esta noche toca soñar.

Siento el mismo miedo que otros años. La oscuridad de la noche de Jueves Santo ha llegado, y yo vuelvo a sentir miedo, un emocionante miedo del que no quieres escapar. Casi huelo ese aroma a velas que se une al helor del aire que respiro. Tambores de nuevo en la noche, pero en ésta no se anuncian las cornetas, no hay luces en las farolas. Jesús aparece entre la



oscuridad, entre el murmullo, y la claridad de su rostro acapara hasta mi distraída mirada. Sientes el dolor de ese hombre como tuyo y sientes el llanto de esa madre hasta lo más hondo de tu corazón; la pasión ya no es ajena a mi niñez.

Cuando se te erizan los cabellos, te aferras a tu madre para sentir un poco calor, un poco de amor. Esa noche, cuando cansado tu pequeño cuerpo se esconde bajo las mantas, sientes a Jesús más que nunca, un sentimiento aún inmaduro que te une a las creencias de tus padres, a tus tradiciones, un sentimiento que alimentará tu alma.

Tras la oscuridad siempre aparece de nuevo la luz, y esa luz se llama viernes. Hay algo más hermoso que los niños delante de nuestros pasos. Las calles se llenan de una alegría y generosidad que regocija a todos. Ellos entrenados, no se quejan por esos sacos de caramelos enormes y pesados. Los nervios, hacen que pierdas tu anilla, te pisas la vesta, y te lo pasas en grande. Además, cuando pasas cerca de los tuyos, parece que no te hayan visto desde hace años. Los más pequeños acumulan en sus cochecitos ingentes cantidades de caramelos de todas las formas y colores. Y al terminar, la plaza no ha tenido nunca ese ambiente, esos colores, esa humanidad”.

Desde antes de nuestro nacimiento, nuestro cerebro, deben imaginarlo como una esponja enormemente absorbente, moldeable, sensible y vulnerable.

Los primeros pasos de nuestra vida dirigen un camino irrepetible, pues jamás nuestros pasos volverán a recorrerlos. Todo aquello que nuestros sentidos procesan e integran quedará de alguna manera formando parte de nosotros mismos.

Jamás una emoción puede vivirse de un modo tan intenso como siendo niños. Nunca viviremos una motivación, por simple que pueda parecernos, como cuando comenzamos a valorar y soñar con el mañana. La admiración y devoción que profesamos por nuestros mayores y que ellos también nos profesan no serán nunca tan intensas. Nuestros lazos afectivos, nuestras raíces, y el apego a nuestras tradiciones, a la fe que Jesús nos legó, germina como un árbol en un claro. Un árbol que cada año anhela la llegada de la Semana Santa, que, como lluvia, con lágrimas de pena, de pasión, de alegría y de amor impregnan a nuestras gentes. Y que cuando era un niño emocionaron mi corazón, como pocas cosas lo han hecho en mi vida.

Cultiven los corazones de sus hijos, hermanos y nietos. Transmitan las enseñanzas, las tradiciones y el amor que sienten por ellas.

Su emoción y sus sentimientos son los de esos pequeños que tienen a su lado, que cada año sueñan las noches de la semana santa con ser nazarenos y costaleros. Porque quizás algún día, sean ellos los que susciten su admiración.

Mis pies han recorrido decenas de veces nuestra semana santa, he sido músico, tamborilero, y nazareno. He estado sentado con mi instrumento, escuchando el pregón de otros hombres. Hoy en mi día a día me enfrento a la pasión de unos padres, y al sufrimiento de un niño, de seres cuyo único error es nacer antes de tiempo. Estudié los problemas de los adolescentes, inmersos en un mundo electrónico, mutista, agresivo y sin expectativas. Es una oportunidad



Junta Mayor de Cofradías y Hermandades de Semana Santa de Albaterra

extraordinaria poder transmitir, que la semana santa es una fuente inmensa de valores, amor, superación y compromiso con la vida. Sin duda, una valiosísima arma que no debemos desaprovechar.

Hoy, mis amigos y hermanos son costaleros, nazarenos e incluso han ayudado a crecer a nuestra Semana Santa. Yo me siento afortunado por haber vivido mi historia en nuestra Semana Santa. Y hoy, me emociona profundamente que aún pueda seguir escribiendo mi historia, y contribuir en la de todos.

Para finalizar, quiero agradecer enormemente el haberme escuchado, y espero que mis palabras hayan sido al menos agradables. Tras esta pequeña historia, tras este sincero homenaje, a nuestra Semana Santa, a sus hombres, mujeres y niños, es un honor dar por iniciada la Semana Santa de este año 2011.